

EN LOS PICOS DE EUROPA

POR JOSE LUIS MARTINEZ Y ENRIQUE LOPEZ

DIA 26 DE MARZO DE 1961

A las 8,30 partimos rumbo a Picos de Europa en el automotor de Santander. Llegamos a Santander aproximadamente a las 11,30. Después de escribir unas postales y esperar una hora pasada, nos montamos en el «Económico» (porque no lo había más barato) y llegamos a Unquera con los huesos un poco doloridos

Vamos a Potes en autobús, después de este otro más; menos mal que el que nos condujo a Espinama era el último... Llegada a Espinama (viejo pueblo con cementerio nuevo).

Somos recibidos con un tiempo formidable y con un paisaje en el que se ven parte de «Los Picos» y parte de la Cordillera Cantábrica. Cenamos y aunque teníamos ganas de charlar, nos fuimos a la cama temprano, pues había que madrugar un poco.

DIA 27

Al día siguiente, temprano y con un tiempo espléndido pero frío, salíamos de Espinama siguiendo al caballo de Camacho que llevaba nuestras pesadas mochilas. Corría como un diablo, pero como nosotros íbamos con las manos en los bolsillos... Poco antes del mediodía, descargábamos el sufrido caballejo de Camacho, que tanto sabe de excursiones montañeras y se conoce a ojos ciegos el camino Espinama-Aliva. Camacho, pese a sus buenos deseos, no pudo continuar más allá del Chalet del Rey, pues a partir de este punto el suelo estaba cubierto (como diría el periodista cursi) por el albo meteoro, que es, en este caso, comparable por su dureza al más negro asfalto. Una vez las mochilas en el suelo, despedimos a Camacho, muchacho simpático y que tiene múltiples atenciones para todos los montañeros.

Estuvimos un rato descansando mientras nos untábamos la cara con crema antisolar y manteca de cacao, por si las quemaduras... Después de una hora de «tumbada» en el lugar que posamos nuestros «mochilones» y tras unas partidas a la «porra» para ver a quien le tocaba cargar con el pan, partimos en dirección al Coll de los Cuetos de Juan Toribio, alrededor de la una, y como los rayos pegaban fuerte y las mochilas pesaban bastante, reducimos nuestro paso. Una vez alcanzado este collado y tras un

breve descanso, nos dispusimos a atravesar una zona de unos cuatrocientos metros, completamente batida por los aludes. Respiramos con tranquilidad al acabar de cruzarla, pues aunque en esta época del presente año, habían caído ya casi todas las avalanchas, la hora en que atravesamos aquel «medio glaciar» era bastante peligrosa. Por fin llegamos a nuestro punto de acampada, La Horcadina de Covarrobres. Montamos la tienda sobre el hielo y después de asegurarla bien con los piolets, comenzamos a colocar los alimentos en el ábside; aquello parecía un supermercado (sólo faltaban las «gachises» de la bata azul). A continuación hinchamos nuestros colchones y extendimos los sacos de dormir. Antes de que oscureciese nos cerramos en la tienda y tuvimos que empezar a fundir nieve. Después de una opípara comida-merienda-cena y abrigarnos para pasar la noche, nos metimos en nuestros sacos.

Fuera, empezó a soplar un «gris-perla» como dijo alguien, que cortaba el cutis.

DIA 28

Eran las cinco de la mañana, cuando el infiernillo de butano empezó a trabajar fundiendo nieve para nuestros desayunos y cantimploras. Aunque mal, desayunamos dentro de nuestros sacos y después comenzó la odisea de salir de nuestros tibios sacos, el YETI, que había sido el último en acostarse, fue desgraciadamente el primero en levantarse, y sobre las seis y media salimos a buen paso en dirección a la zona del Llambrión con intención de subir al Tiro Tirso... La nieve era de una calidad inmejorable.

Debajo de Los Horcados Rojos hicimos un breve descanso acompañado por una pequeña «comida de pared» (dátiles, queso, etc.). El frío era muy intenso y tuvimos que comer rápidamente. Al pie del Pico Tesorero la pendiente se hacía muy fuerte y para evitar encordarnos y ponernos los crampones tuvimos que bajar casi al fondo de los Hoyos Engros para subir después a la Collada Blanca, allí nos pusimos los crampones y bajamos bordeando el Hoyo Transllambrión. Había una delgada capa de nieve-polvo con hielo del bueno debajo. Al pie del Tiro Tirso nos dimos cuenta de la dificultad de su arista, pues aunque el primer trozo (que en verano debe ser lo menos difícil) estaba limpio, más arriba nos recordaba la pared norte del Eiger con sus plataformas ocupadas por el hielo y debajo de ellas, gruesas capas de «verglas». Decidimos no subir y hacer alguna otra cumbre. Nos encordamos y ascendimos una fuerte pendiente que unas veces era hielo y otras nieve-polvo. Llegamos al Coll del Tiro Callejo y después de una arista de hielo con su correspondiente cornisa nos encontramos en la cumbre de la Torre de la Llastriás (Tiro-Callejo) 2.609 mts. Eran las doce. Nos dimos cuenta desde allí de la dificultad del Tiro Tirso, sobre todo para el regreso, ya que su cúpula final que no veíamos desde su base, estaba cubierta por una capa de «verlas» que brillaba al sol.

Hacia el Oeste se levantaba airosa la Peña Santa de Castilla y otras cumbres del macizo occidental, y al Norte y casi al alcance de la mano, se erguía majestuosa la mole del Cerredo. Como en la cumbre nos quedábamos «duros» bajamos rápidos para entrar en calor. El regreso desde la

Collada Blanca, a la Horcadina de Covarrobres fue agotador. El atravesar el fondo de los Hoyos era un tormento, pues el sol nos castigaba duramente al reflejar sobre la nieve que cubría en su totalidad las inclinadas laderas de los Hoyos Engros y del Hoyo Sin Tierra. Daba la impresión de caminar por el desierto. Cada vez que veíamos alguna gota de nieve licuándose sobre alguna roca intentábamos calmar la sed chupando hasta las piedras.

Al llegar a la tienda tiramos las mochilas, y nos apresuramos a coger el infiernillo para fundir nieve con la que calmar nuestra sed. Tras un descanso a la sombra de unas rocas cercanas, recogimos nuestra arrugada tienda, hicimos las mochilas y salimos en dirección al Parador Nacional de Turismo de Aliva. Llegamos a esto de las siete de la tarde, cansados, mojados, quemados, pero contentos, pues aquello era como si llegásemos a casa con colchones, agua fría y caliente en las habitaciones, etc.

Cenamos y estuvimos de tertulia hasta las doce de la noche.

DIA 29

Al día siguiente nos despertamos a las cinco; entre desayunar, preparar las mochilas etc., nos dieron las siete. A esa hora partimos en dirección a la Canal del Vidrio. Nuestro compañero Ostacoechea, se quedó en el refugio a consecuencia de las quemaduras del sol y la nieve, tenía la cara como un mapa de la luna, pero en color chocolate.

Delante de nosotros caminaba una cordada compuesta por Senties, Morondo y un «guía» (?) de Valdeón. Atravesamos Aliva y después de un flanqueo por unos inclinados neveros que presentaban evidentes rastros de aludes, nos introdujimos en un fuerte «couloir» que a las horas del mediodía tiene que ser muy peligroso, encontramos todo el fondo de este bombardeado por enormes piedras. Para llegar hasta la cabecera del mismo nos pusimos los crampones y llegamos hasta una vira sobre el vacío que nos condujo a la parte soleada y media de la Canal del Vidrio, ya que hasta el momento habíamos estado trepando en la gélida sombra de la parte baja de ésta. Después de un descanso y habernos puesto la cara, blanca blanquísima de crema antisolar, nos encordamos y siguiendo las huellas de la cordada que nos precedía y efectuando numerosos «lacets» alcanzamos la Collada del Vidrio. Descanso, comida, bebida y más crema a la cara (pues la anterior antisolar la teníamos ya encima del bigote, debido al sudor). Nuestro fin estaba a la vista: Tiro Navarro, se yergue enfrente nuestro con sus tres cumbres airosas. Desde la Horcada del Vidrio, el panorama es magnífico. Al sur Peña Vieja y la Cordillera Cantábrica y por el Norte Torre del Oso, Cuchallón, Torre del Carnizoso, etc. Visto nuestro objetivo, decidimos ascenderlo por una arista que no parecía ofrecer demasiadas dificultades (y así fue). Tras pasar un pequeño hoyo y subir una fuerte pala nos encontramos al pie de su arista. Dejamos los crampones en un nevero y muy visible y sin abandonar los piolets, comenzamos a trepar por la descompuesta arista, unas veces asegurando con las clásicas maniobras de cuerda y otras con anillos en las manos. Llegamos a una cornisa de hielo de forma muy peculiar; ésta dejaba un estrecho pasillo de roca entre el hielo y el vacío por el cual y tras unos cuantos largos de cuerda, llegamos a la cumbre, no sin antes habernos

visto obligados a hacer algunos escalones en el hielo. En la cumbre se nos ofrecía todo el paisaje de Picos a nuestros pies. Posamos para nuestro amigo Morrondo con la mejor de nuestras sonrisas, para unas fotos que pasarán a la historia... (de nuestras respectivas familias). (Morrondo subió con nosotros al Tiro Navarro, pues a Peña Vieja que fue donde subieron su compañero y el «guía» la había ascendido en años anteriores). Emprendimos de nuevo el regreso, por las huellas que habíamos hecho a la subida. En el nevero que dejamos los crampones, procedimos a colocarlos de nuevo y bajar hasta la Collada del Vidrio, a unirnos con nuestros compañeros que bajaban ya de Peña-Vieja. Desde este punto nos dirigimos hacia el collado de la Canalona con intención de descender y continuar por la Vueltona hasta el refugio de Aliva. A mitad de camino nos despedimos de nuestros amigos que continuaron hacia el Collado de Santa Ana, para bajar desde allí al Hoyo de los Boches y pernoctar en el refugio de la Vega de Urriello.

Una vez en el collado de la Canalona, observamos que el descenso no iba a ser tan fácil como suponíamos. La parte superior del collado ofrecía restos de una cornisa con una pared de hielo ligeramente en desplome, pero como todas las cosas, también esta pared ofrecía su punto flaco que lo constituía un pequeño espolón de roca con una rimaya apenas definida. Comenzamos el descenso y como estábamos encordados a 20 mts., el primer largo de cuerda nos situó aproximadamente hacia el centro del embudo.

Como sufrimos un pequeño (gracias a Dios) accidente vamos a relatar en primera persona las impresiones sobre el mismo.

En el segundo largo de cuerda bajaba yo de primero asegurado por el «Plumas» y después de haberme avisado que se acababa la curda, busqué un lugar adecuado para asegurarme la bajada. Intenté clavar el piolet repetidas veces con resultado negativo, debido a la dureza del hielo. El «Plumas» me avisó para que pasase la cuerda por un mogote de roca que había a mi izquierda. Me pareció mejor meterme dentro de la rimaya pues a mi juicio ofrecía más seguridades; aquí el hielo tenía más posibilidades de asegurar. Pasé la cuerda por el piolet y... El «Plumas» empezó a descender. De repente vi cómo uno de sus crampones formaba un «zueco» y José Luis empezó a perder el equilibrio. Y lo perdió pues un instante después e intentando con rabia clavar su piolet bajó como un rayo hacia mí. Instintivamente me apoyé sobre mi piolet y empecé a recobrar cuerda lo más rápido que pude. Como había demasiados metros me eché hacia un lado y pude coger con la mano derecha una de las cuerdas. Pasó a mi lado sin decir «ni pío» y seguía peleando con el hielo. Unos instantes después sentí un fuerte tirón que casi me saca de la rimaya. Unos diez metros más abajo el «Plumas» pendía de la cuerda, mientras seguía intentando clavar el piolet y los crampones en el hielo. Por fin lo consiguió, hizo su pequeña plataforma y se dispuso a asegurarme. Respiré tranquilo al ver que seguía sano. Le pregunté qué tal había sido el aterrizaje. Este en vez de contestarme masculló unos sordos gruñidos que a mí me parecieron palabrotas. Me puse colorado, pero sin embargo él, al revés que yo estaba bastante pálido y con las manos ensangrentadas.

Con bastante precaución y clavando todas las puntas de los crampones por si las moscas, llegué hasta donde estaba él. Cambiamos algunas impresiones sobre la caída y aunque el «Plumas» es más veterano que yo en las

cosas de la montaña, le mandé bajar delante de mí. Hicimos largos y más largos de cuerda y como yendo yo siempre de último, íbamos demasiado lentos comenzamos a turnarnos. El descenso se nos hacía interminable y no conseguíamos dar con el embudo que nos permitiese llegar a la bifurcación.

Para complicar más las cosas y minar la poca moral que nos quedaba, de las laderas de la Aguja de la Canalona, se desprendió un alud de piedras con su correspondiente estrépito que afortunadamente nos avisó y nos permitió apartarnos de su trayectoria.

Empecé a explorar un semi-embudo asegurado por el «Plumas». Como que aquello se ponía demasiado feo, pues debajo de mí había un tremendo corte opté por retirarme y remontado de nuevo hasta el lugar de aseguramiento, hicimos una larga travesía horizontal empleando para ello varios largos de cuerda. Cuando ya creíamos que forzosamente teníamos que hacer un vivac, divisamos una vira a las que descendimos y por ella siempre bajando llegamos a los «platós» de la bifurcación. Eran las siete de la tarde.

Aquí respiramos con alivio, nos desencordamos y nos quitamos los crampones. Casi no sabíamos andar sin ellos, pues llevábamos unas diez horas sin quitarlos. Comenzaba a helar y gracias a ello, no tuvimos la desgracia de hundirnos en la nieve. Después la Vueltona, Horcadina de Covarrobres, Col de Juan Toribio y por fin el refugio.

DÍA 30

Al día siguiente nos despertamos nuevamente a las cinco bastante cansados y con tentaciones de seguir durmiendo. Después de las operaciones de rigor, desayunar, preparar las mochilas, etc., salimos del refugio. Esta vez venía Ostaico con nosotros; estaba dispuesto a que se le quemara la cara, antes que quedarse nuevamente en el Parador.

De nuevo y un poco aburridos por repetición del itinerario nos encaminamos a la Vueltona, para subir desde allí a los «platós» de la bifurcación. Todo este recorrido lo hicimos en la sombra y muy rápidamente aprovechando las huellas del día anterior. Nuestro objetivo para ese día era la cumbre de Los Horcados Rojos. Desde la bifurcación y efectuando un pequeño descenso, nos situamos justo debajo de la vertical pared que distingue a esta cumbre del resto. Aquí, y aprovechando unas rocas que emergían de la nieve, hicimos un descanso (el primero) nos abrigamos ya que el frío era intensísimo y rápidamente comenzamos a «mover el bigote». Acabamos pronto con los alimentos, nos pusimos los crampones y haciendo un flanqueo por una ladera inclinadísima, nos situamos en el collado de Los Horcados Rojos, dando vista al profundo hoyo de los Boches. Para alcanzar la cumbre, el único problema era, (y este fácil) la inclinadísima rampa de hielo (ya que toda esta ladera es Norte) que desembarca en la cumbre. En el collado nos encordamos y nos metimos de lleno en la faena. Los crampones «cebaban» bien en aquel hielo y la ascensión era un puro gozo. Después de media hora de gramponeo, llegamos a la cumbre, tras pasar una pequeña arista de roca. Las vistas de la cumbre eran magníficas. Al norte la Torre de la Perdida y el Neverón de Urriello y dominándolo todo el masivo Naranjo de Bulnes. Al sur los Picos de Santa Ana y los Tiros de Santiago y Tiro Nava-

rro. Descansamos, sacamos unas fotografías, acabamos de vaciar las cantimploras y emprendimos el regreso.

Llegamos sin novedad al Collado después de haber bajado con bastantes precauciones y haber tallado algún escalón.

Mientras tanto descendían de la cumbre del Tesorero nuestros amigos Senties, Morrondo y el «guía» (?). Poco después nos juntábamos con ellos a la altura de la cueva de Bustamante; y aquí todos juntos continuamos en dirección a los «platós» de fiburcación, no sin antes y por culpa del «guía» (?) meternos por una inclinada ladera de nieve blanda y «avalanchosa». Es de resaltar la notable falta técnica y conocimientos de la nieve y el hielo de estos que a sí mismos se titulan «guías» (???) (En realidad son solamente guardas del Parque Nacional).

Poco más tarde, descendíamos de la Vueltona en dirección al refugio, al que llegamos sobre las dos de la tarde. Este fue el único día en que pudimos descansar al sol, secar las ropas y dedicarnos al «trato social».

DIA 31

Estamos tan cansados que no oíamos el estruendo que nuestros amigos de Santander, llegados al refugio el día anterior, armaron a las cinco de la mañana mientras se preparaban para salir. Este día teníamos el proyecto de ascender al Pico Cortés, pero el cansancio que se dejaba notar de los días anteriores, y la falta de interés del Pico Cortés, por su carencia casi total de nieve, nos hacen desistir de nuestro proyecto y optamos por quedarnos un ratito más en el saco de dormir. Por fin nos sacudimos la modorra y tras malgastar todos los alimentos disponibles, salimos a Aliva en dirección a Arenas de Cabrales (pasando por Sotres y Tielve). No sabíamos lo que íbamos a hacer, cualquiera diría que nos habían engañado. Empezamos por un camino muy bueno, entre verdes praderas, con vistas maravillosas de los dos macizos (Central y Oriental), pero cuando nos dimos cuenta en qué sitio nos habíamos metido, era demasiado tarde.

El camino se tornaba cada vez más áspero y desagradable. Después de horas interminables de andar, sufrir y tropezar, llegamos a Arenas de Cabrales (Vía Puente-Poncebos). Nos figuramos la cara de asombro de la gente de Arenas. Nuestros rostros barbudos y quemados a consecuencia del sol, nos hacían parecer «fidelistas».

Nuestra excursión acabó con doce horas ininterrumpidas de sueño feliz en amplias y limpias camas.

Al día siguiente y con pena, dejando tras nosotros los maravillosos Picos de Europa regresamos a Bilbao, pensando ya en la próxima excursión de Alta Montaña, donde tanto se sufre y se disfruta y tan buenos amigos y recuerdos deja.

Día 27-3-61	Campamento de la Horcadina de Cobarrobres.	
Día 28	Torre de las Llastrías (Tiro Callejo)	2.609 mts.
Día 29	Tiro Navarro	2.598 mts.
Día 30	Torre de los Horcados Rojos	2.504 mts.